Y se sentía así:

que los hechos tuviesen lugar en Nueva York o en el Chicago de los tiempos de la ley seca –cristianos tercos empecinados en no renegar de una fe que... Pepita no podía entender.

–Ah, ¿no? — la hermana.

Pero a la hermana, lo sabía también por experiencia, no se le podía hacer mucho caso porque tenía esa costumbre, desde siempre...

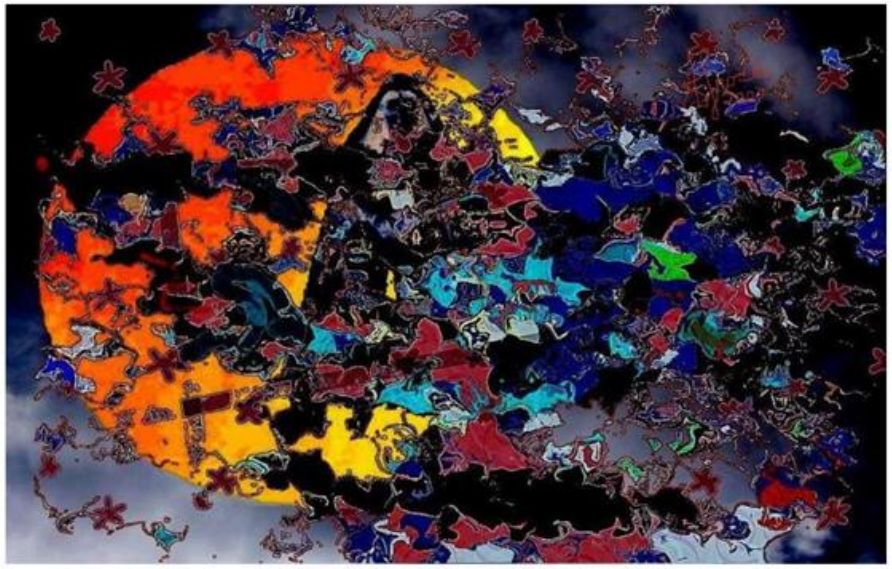
¿Cuál: la de entender la abnegación y el sacrificio; acaso?

Pero eso no le servía a Pepita ni siquiera para ser pensado; la conocía desde que tuvieran uso de razón y pintarla — bueno, digamos se dijo que pudiera estar siendo una metáfora porque Pepita reconocía sin el menor sonrojo su absoluta incapacidad para las artes plásticas — como la persona altruista, generosa, abnegada, sacrificada que... ¡anda, mira el abrelatas, so tonta, dónde estaba! no era...

– ¡Séneca!

¿Es que hoy todo, todo ser vivo y todo objeto inanimado, toda su poca o mucha destreza para desenvolverse en su propio mundo, su Creación, se iba a confabular para darle a ella esquinazo?

Debe de haber un error en alguna parte. El archivo que me remite aquí dice que encontraré una ficha, pero no la hay. Y de "la obliteración" de Ernestina tampoco hay rastro. En resumen, toda esta historia. Y, además, no sé para qué tantas versiones de una misma cosa.



Ernestina en el mundo de las sombras

Aunque luego, cuando se serenaba, podía sentirse nada más que así